

1

Poco después de cumplir cincuenta y ocho años de vida, a Víctor Gálvez empezaron a pasarle muchas cosas, casi todas desagradables. ¿Fue fruto de la fatalidad o se labró a conciencia su destino?

En cualquier caso, tal vez no debería haber escrito ese guión con el que, en el fondo y aunque aparentara sumarse al interés generalizado por la memoria histórica, únicamente pretendía rendirse un homenaje a sí mismo. Puede que no debiera haber seguido a su padre octogenario cuando lo vio encaminarse a la Rambla tras salir él de un encuentro profesional en el bar Zurich. Quizás no debería haberse empeñado en mantener una serie de sinceras conversaciones con su madre enferma. ¿Era necesario hacerse con esos cabellos de sus hijas gemelas, que se habían quedado enredados en un cepillo para el pelo, y someterlos a una prueba de ADN? ¿Tan ciego estaba que era incapaz de darse cuenta de que su psiquiatra, la doctora Berkowitz, le mostraba una especial dedicación de la que no se beneficiaban sus demás pacientes?

Fuera como fuese, una cosa llevó a otra y la vida de Víctor Gálvez, hasta entonces soportable, aunque claramente escasa de estímulos, se convirtió en una pesadilla.

Si es que no lo había sido siempre.

Sentado en un banco de la plaza, contemplando el edificio en el que se momificaban sus padres y en el que había vivido una infancia triste y atemorizada y una adolescencia de bronca constante, Víctor Gálvez fumaba un cigarrillo mientras se armaba de valor para recorrer los escasos metros que le separaban del domicilio paterno. Una vez más, comprobó que era el único inmueble de la plaza que no había sido rehabilitado. Lo más probable era que el dueño, pese a las facilidades ofrecidas por el ayuntamiento en cualquiera de sus cíclicas campañas de embellecimiento de la ciudad, fuera un roñoso incapaz de gastarse un céntimo en darle unas manitas de pintura al edificio. Pero Víctor no podía evitar pensar que había algo más en esa perpetuación del deterioro general, algo relacionado con su siniestro progenitor, el comisario Gálvez, cuya odiosa presencia, según su hijo, imponía un orden natural de las cosas basado en el desconche y la podredumbre. Para Víctor, un inmueble luminoso y recién pintado desentonaría notablemente con el inquilino del tercero primera y, tal vez, le forzaría a abandonarlo en busca de algo que se ajustara mejor a sus necesidades, algo mucho más triste, lóbrego y deprimente.

Víctor Gálvez tiró la colilla al suelo, la aplastó con el zapato

y se puso de pie. Lanzó una última mirada al edificio. Respiró hondo. Clavó la mirada en el asfalto y avanzó a grandes zancadas hacia el objetivo, como un toro que embiste al matador y no piensa en nada más. Pero sabía que el esfuerzo era inútil, que nada más traspasar el umbral le sucedería lo de siempre: el ahogo momentáneo, la sensación general de agobio y un arrebato de tristeza absolutamente descorazonador.

El propietario, claro está, seguía sin instalar ese ascensor que tanto habría alegrado la existencia de los carcamales que ocupaban el inmueble, aunque Víctor estaba seguro de que, aunque lo hubiera instalado, su padre seguiría subiendo a pie los cinco pisos (las casas sin ascensor siempre cuentan con un principal y un entresuelo) porque era lo que había hecho siempre y no pensaba cambiar sus costumbres por culpa de una estúpida e innecesaria concesión a la comodidad: si los demás vejestorios no estaban en tan buena forma como él, allá ellos; o, como solía decir en todo momento y circunstancia, sirviéndose de una breve y contundente frase que a Víctor se le había quedado clavada en la memoria, el que venga atrás, que arree.

La única concesión a la modernidad efectuada por el propietario de la finca era la luz macilenta que, previa pulsación de un interruptor, llenaba de sombras la escalera. Durante la infancia y adolescencia de Víctor, la luz se apagaba a las diez de la noche y a partir de ahí, quien regresara a casa pasada esa hora o se hacía con una linterna o ascendía los peldaños a oscuras, en clara demostración del lema que había guiado siempre la existencia del comisario Gálvez.

¿Por donde andaría el viejo? ¿Dónde se metía durante esos largos paseos que daba cada mañana, dejando a su es-

posa sola en casa para que se apañara como pudiera con su más que incipiente enfermedad de Parkinson? Quien sabe. Pero gracias a esas largas ausencias, Víctor Gálvez podía visitar a su madre, aunque ésta se pasara el rato consultando el reloj de pared en previsión de que apareciera su marido, se encontrara a Víctor en un lugar en el que se le había prohibido la entrada muchos años atrás y se armara la de Dios es Cristo. Afortunadamente, eso no había pasado nunca. Con disciplina castrense, el comisario Gálvez abandonaba cada día el domicilio familiar a las diez de la mañana y se reintegraba a él a las dos de la tarde. De esta manera, Víctor disponía de cuatro horas para visitar a su madre. Por lo general, aparecía sobre las once de la mañana y se marchaba una hora después, de regreso a su despacho. A veces, soñaba con que llegaba a la una del mediodía y se quedaba a esperar la aparición de su padre para mantener con él una buena bronca, como las de antes, pero era consciente de que solo se trataba de eso, de un sueño, pues sabía que siempre tendría las de perder y que siempre acabaría callando, inclinando la cabeza y encajando el chorreo, por muchos años que hubieran pasado, por mucho que su padre fuera un viejo, pues el comisario nunca perdería su capacidad de aterrorizarle.

Su madre no estaba ni mejor ni peor que en su última visita, pero Víctor sabía que el deterioro había comenzado y que, un día de éstos, la cosa empezaría a descontrolarse. Una mujer en su estado no debería pasar tantas horas sola, pero cualquier intento por parte de Víctor de convencer a su madre para contratar a una señora de compañía estaba condenado al fracaso.

–A tu padre no le gusta que haya extraños en casa –le decía ella.

–Pues que se quede contigo en vez de deambular por la ciudad –contraatacaba Víctor.

–Ya sabes cómo le gusta estirar las piernas.

–¿Y si te caes? ¿Y si te abres la cabeza? ¿Quién te va a ayudar?

–Me muevo lo menos posible. Nunca le abro la puerta a nadie. Aunque tampoco llama nadie. Si tú no vienes, me quedo en el sillón hasta la hora de preparar la comida.

–¿Y qué haces todo ese rato en el sillón?

–Pienso.

–¿En qué?

–Cosas mías.

–¿Por ejemplo?

–Cosas mías.

–¿En por qué te casaste con papá, quizás?

–No empieces con eso. Cuéntame cosas. ¿Qué tal te va el trabajo?

De este modo, u otro parecido, empezaban las visitas de Víctor Gálvez a su madre. A continuación, Víctor le hablaba de su trabajo, de la película que estuviera produciendo en esos momentos, de las dificultades de hacer cine digno en España, de cosas, en fin, que a su madre no podían interesarle menos: hacía décadas que no iba al cine y no había visto ninguna de las películas producidas por su hijo. Probablemente, tampoco serían de su agrado. A la madre de Víctor le gustaba el cine estadounidense de los años cuarenta y cincuenta, de cuando era joven, de cuando se le acercó en los bailes del Casino Militar ese joven inspector madrileño,

recién destinado a Barcelona, que, según ella, tenía un aire a Robert Taylor.

–¿Sabías que Robert Taylor era homosexual? –le preguntó Víctor un día, aunque solo fuera para chincar de manera oblicua a su padre.

–Pero si se casó con Barbara Stanwyck –protestó su madre.

–Una de las lesbianas más notorias de Hollywood –remachó Víctor.

–Habladurías, hijo, la gente es muy mala.

–En eso te doy la razón.

Cuando pasaban por televisión alguna película producida por Víctor, su padre la detectaba a tiempo y cambiaba de canal. Sí, la gente es muy mala.

Al cabo de media hora de conversación, su madre empezó a mirar el reloj de pared. Cuando se ponía nerviosa, el Parkinson se manifestaba en un temblor de la mano derecha. Víctor le estaba hablando de Cuca, su mujer, que seguía tan guapa como cuando se casó con ella. Y de Olvido y Olivia, sus hijas gemelas, que ya tenían diecisiete años y seguían los pasos de su madre en lo que a belleza se refería. Evidentemente, solo le contaba banalidades. No le iba a explicar a su madre que hacía tres años que no se acostaba con Cuca y que, una vez por semana, recurría a los servicios de una masajista argentina. Ni se veía con ánimos para confesar que sus hijas, prácticamente, no le dirigían la palabra y eran unas frívolas que solo pensaban en ponerse guapas y en gastarse su dinero. No lo hacía para no preocuparla. Y también porque sabía que, dada la fidelidad perruna de la mujer a su marido, le iría con el cuento al comisario y éste

se llevaría una satisfacción enorme al comprobar que, por mucho dinero que hubiese ganado el badulaque de su hijo con las malditas películas, su vida privada era un asco porque el muy calzonazos no había sido capaz de hacerse respetar por su familia.

A medida que las manecillas del reloj de pared caminaban hacia el mediodía, el nerviosismo de la madre de Víctor iba en aumento, y con él, los temblores de su mano derecha. Víctor Gálvez seguía hablando, aunque se estaba quedando sin temas. Mientras monologaba sobre la última edición del festival de Venecia y su madre le interrumpía brevemente para decir que le hubiera gustado mucho visitar esa ciudad «pero claro, ya sabes que a tu padre nunca le ha gustado viajar», también la mirada de Víctor empezó a despistarse, aunque en su caso no se tratara de consultar el reloj de pared cada cinco segundos. Mientras hablaba de actrices y actores que su madre no conocía, sus ojos barrían el salón en improvisado *traveling*, aunque no hubiera nada que descubrir porque nada había cambiado allí en medio siglo.

En la pared, sobre el sofá, seguía clavada, cada vez más sucia y borrosa, la imagen de unos pescadores del Levante español, con sus redes, sus barcas y sus caras curtidas por el sol, a cargo de un imitador no muy afortunado de Joaquín Sorolla. A su izquierda, apoyado contra el muro, el piano que su madre había tocado de joven y que no había vuelto a aporrear desde que se casó con el comisario. Sobre el piano, unas figuritas horribles, imitaciones de las famosas porcelanas de Lladró: en concreto, una pastorcilla y un torero. Junto al instrumento musical, colgando de un mástil incongruente en cualquier salón doméstico, una gran ban-

dera española –preconstitucional, claro está– cuya parte inferior barría el suelo.

A espaldas de Víctor, sobre una repisa, tres fotografías enmarcadas: el retrato matrimonial de sus padres, una foto del comisario con su amigo de juventud, Luis, el falangista mártir asesinado por los anarquistas en el parque del Retiro madrileño en agosto de 1936, y la famosa imagen de Franco abrazando a Eisenhower bajo la mirada paternal del general Vernon Walters. El extraño santoral del comisario Gálvez. Las instantáneas en las que, en el pasado, parecía buscar inspiración para las broncas que se llevaba Víctor cada vez que se atrevía a llevarle la contraria. Puestos a prescindir de alguna de ellas, Víctor pensaba que el comisario habría eliminado, sin dudarlo, aquélla en la que aparecía, joven y sonriente, junto a su esposa. La pobre, de eso estaba seguro su hijo, había tenido que compartir a su marido con un dictador y un falangista. Según la versión del comisario, dos superhombres de los que ya no quedan, de los que dejaron de fabricarse hace mucho tiempo.

Como su madre tenía la vista clavada en el reloj y daba la impresión de haber dejado de escucharle, Víctor torció el cuello hacia atrás y se quedó mirando las tres fotos. Ya lo había notado antes, pero era evidente que la sonrisa de su padre parecía mucho más amplia y sincera en la imagen que compartía con Luis que en la que protagonizaba junto a su joven esposa. Y una vez más, empezó a fabular sobre la imperecedera amistad entre su padre y el falangista asesinado. ¿Iría su parecido con Robert Taylor más allá de las cuestiones puramente físicas? No, no era posible. Entre sus muchas particularidades desagradables, la homofobia del co-

misario brillaba con luz propia. Aunque a veces eso quiere decir exactamente lo contrario. Por no hablar de esa ridícula costumbre suya de teñirse el bigote...

–Quizás será mejor que te vayas –le dijo su madre cuando el reloj de pared marcaba las doce en punto.

–¿Tanto miedo le tienes? –le preguntó Víctor.

–No digas tonterías. ¿Cómo le voy a tener miedo a tu padre?

–Motivos no faltan.

–No empieces a hablar mal de él, Víctor, ya sabes que no me gusta. Y yo creo que te acabará perdonando.

–¿Y qué es lo que tiene que perdonarme, si se puede saber?

–Pues... Que seas comunista...

–Mamá, yo no soy comunista. Ya no quedan comunistas. Lo fui de joven. Lo único que intento es no ser un energúmeno y un fascista como mi padre.

–No empieces, Víctor.

–¿Acaso te ha hecho feliz? ¿Qué has sacado aparte de gritos y regañinas? Nunca te ha llevado a ninguna parte. Y te has quedado sin ver Venecia.

–Será mejor que te vayas, hijo.

La anciana intentó incorporarse y, a medio camino, se desplomó en el sillón.

–Mamá, si es por dinero, a la señora de compañía la puedo pagar yo.

–No es necesario. Que no estoy tan mal, hijo.

Apoyándose en el bastón, acompañó a Víctor a la puerta y se despidió de él con dos besos en las mejillas.

–¿Volverás? –le preguntó.

–Siempre dices lo mismo. Ya sabes que sí. La semana que viene. El mismo día a la misma hora. Y si necesitas algo, llámame.

Como de costumbre, en cuanto la puerta se cerró a su espalda, Víctor Gálvez tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.